

CALINCA, Tadeus, *Principes Mundi*, Alupa editorial, 2018, pp. 350. (ISBN: 978-84-948239-0-9)

## CAPÍTULO 1

*Ctesifonte (Mesopotamia), finales de verano de 283.*

Instintivamente llevan el cuerpo al suelo, cabeza abajo, estirándolo por completo. No alzarán la cara de la superficie arcillosa hasta que pase el último caballo; permanecerán inmóviles, formando una línea perpendicular entre el modesto umbral de sus casas de adobe y el camino de tierra. Incluso los perros, que son de caza y están acostumbrados a mostrarse valientes e incansables en persecución de una presa, muestran ahora el mismo gesto de postración que sus amos, y junto a ellos forman esta extraña alineación de cuerpos bajo el sol.

—Creo que nos confunden con el persa —dice Maximiano, impaciente por captar cada detalle de cuanto le rodea, incluidos esos rostros de mujeres y niños que desde la penumbra de las casuchas siguen con cautela el paso de los soldados a caballo, como si intuyeran en el ambiente posibles amenazas.

—Eso parece —contesta sin demasiado interés su compañero Diocles, no menos atento a cuanto le es dado ver en este matinal paseo.

Los habitantes de Ctesifonte, la gran ciudad a orillas del Tigris, han vivido largos años bajo el dominio persa. Cuando el rey de reyes, acompañado de su interminable cortejo de nobles y eunucos, pasaba por las ciudades del imperio, sus súbditos se postraban ante él llenos de temor. Bahram aparecía

ante ellos precedido de su guardia real, llevado sobre un alto carro de doradas ruedas y pulcros caballos, ocultado escrupulosamente tras una cortina que apenas dejaba entrever sus suntuosas vestimentas, su larga barba espolvoreada en oro, su maquillado rostro y su cabeza coronada por una pesada corona repleta de símbolos. Ahora los antiguos súbditos del persa ven en la comitiva de romanos un reflejo del mismo poder, de ahí su renovada sumisión. Los estandartes de las legiones, los *fascēs* consulares y las relucientes águilas les imponen un idéntico respeto teñido de miedo.

El personaje que encabeza la comitiva victoriosa que hoy pasa por delante de sus casas es también un emperador, si bien no lleva el rostro oculto tras una cortina ni espera que nadie, por baja que sea su condición, se postre ante él. Se llama Caro, aunque a menudo los suyos se refieren a él con el apelativo de ‘augusto’, y en este día luminoso monta con orgullo su caballo blanco sobre esta tierra que acaba de conquistar sin esfuerzo. Le acompaña su hijo menor, Numeriano, cuya mirada primeriza y asombrada delata lo poco habituado que está a las campañas militares y a las tierras de frontera. Cada día del largo periplo supuso para él una nueva experiencia; cada región que cruzaba a su paso, un mundo nuevo por descubrir.

Tras ellos, en perfecto orden y notable parsimonia, avanzan los principales dignatarios y jefes militares del ejército. Diocles va al frente de los *protectores domestici*, el cuerpo de caballería reclutado entre dálmatas y panonios que acompaña siempre al emperador, de ahí que en ocasiones se les llame *protectores augusti*. A su lado, mostrándose inquieto a lomos de su yegua de pelaje oscuro, el tribuno Maximiano saborea su reciente ascenso en el escalafón de caballería, que le permite por primera vez ocupar esa posición prominente.

A medida que el largo desfile de los romanos se adentra en el corazón de la ciudad, las humildes casas de adobe dan paso a residencias de mayor empaque, hechas de ladrillo, pertenecientes a la pequeña nobleza local y al creciente número de comerciantes que prosperaron en los años de paz. Los alrededores de las casas siguen repletos de hombres que se postran al paso de los vencedores, pero ahora, en vez de pies descalzos y ropas andrajosas, lo que se ve son atuendos de delicada factura y babuchas ribeteadas con hilo de oro. No en vano la comitiva se va acercando, poco a poco, a la gran puerta de los Leones; tras ella, el corazón mismo del imperio sasánida, el recinto amurallado donde el rey de reyes tenía su residencia, ahora desierta.

Unos legionarios procedentes del otro lado de la muralla se acercan al augusto, sonrientes, y le muestran llenos de orgullo un pequeño tesoro de coronas reales que deben de haber encontrado en algún escondrijo olvidado del palacio, sabedores de que su hallazgo puede tener un gran valor, al menos simbólico. Las coronas parecen viejas y en desuso, y antes de ser guardadas en el escondrijo fueron despojadas de sus principales ornamentos. El augusto las mira satisfecho. Sin duda, ocuparán un lugar prominente en el botín de guerra y serán exhibidas, junto a otras piezas, en el desfile triunfal que el Senado no dudará en otorgarle. El saqueo de Ctesifonte, capital abatida de los persas, está empezando a dar sus frutos. Siguiendo órdenes explícitas del augusto, se respetará la vida de los residentes que han decidido permanecer en la ciudad, pero se procederá a hacer acopio de cuantas riquezas puedan hallarse en viviendas y templos. Todo ello de manera ordenada, siendo depositados los objetos en los lugares convenidos para su posterior administración. Caro ha decidido que Ctesifonte sea la capital de la nueva provincia de Mesopotamia; no quiere que esta nueva

etapa que ahora se abre para el Oriente romano comience con una ciudad arrasada. Ciertamente será difícil controlar los previsibles y esporádicos desmanes de algunos legionarios, imposible detener por completo su afán o su codicia, o impedir los ocasionales casos de mujeres y niñas forzadas en sus propias casas, como ocurre a menudo en ese lado oscuro de las guerras que no aparece en las crónicas y los anales.

—Bien hecho, soldados —dice el augusto desde la altura de su caballo, reconfortado al comprobar que sus instrucciones son obedecidas al pie de la letra—. Llevad las coronas al cuestor, y que él disponga lo que sea necesario.

Poco a poco, la comitiva encabezada por Caro se va acercando a la gran puerta. A través de ella se vislumbran los perfiles aún lejanos del Palacio Blanco. Esquivando a duras penas la nutrida fila de hombres a caballo, moviendo el cuerpo en pos de la postura adecuada, Diocles busca con la mirada esas formas; en medio de la densa polvareda que levantan los caballos cree distinguir los leones de ladrillo policromado que adornan la gran puerta. Nunca ha estado ante ella pero cree conocerla a la perfección después de largas semanas de agotadora marcha siguiendo el curso de los ríos, tras escuchar una y otra vez el relato de las grandezas de esta ciudad de Mesopotamia, heredera de la vecina Babilonia.

—Diocles, escucha a estos hombres.

Las escuetas palabras de Maximiano lo sacan de su ensimismamiento, devolviéndolo a la realidad del ejército y del cometido que los ocupa. Provenientes del campamento de caballería, unos jinetes de enlace se han acercado a la cabecera de la marcha hasta ponerse a la altura de Maximiano, y ahora cabalgan junto a él.

—¿Qué ocurre? —pregunta Diocles, extrañado ante esta evidente ruptura en el escrupuloso orden de la marcha.

—Estos hombres traen noticias de Seleucia, al otro lado del río. Han encontrado allí un grupo de bandidos que ofrecen resistencia, seguramente antiguos soldados persas.

—Hablad —dice Diocles en un tono seco y disciplinario.

Uno de ellos se acerca a su posición, al tiempo que se desprende de su casco en señal de respeto.

—Con permiso. Según los testigos, los ladrones llevan días rapiñando los barrios meridionales de Seleucia, aprovechando que las tropas persas han abandonado el lugar. Nuestros soldados, un pequeño destacamento del ala tercera, los han interceptado pero no han podido evitar que acabaran escapándose.

—¿Cuántos son los bandidos?

—Unos cuarenta o cincuenta, todos a caballo. Ahora se dirigen a la orilla derecha del río, seguramente en busca de algún embarcadero para cruzarlo y huir hacia oriente.

—¿Hay tropas desplegadas en la zona?

—Aún no, están de camino.

—Bien —dice Diocles mientras se toma una pausa para hacer rápidos cálculos mentales—. Que se dirija allí el resto de unidades del ala tercera, con su prefecto al frente. Han de rastrear bien la zona para descartar peligros mayores. Llévadle la orden.

—Así haremos, nuestro general.

—Yo también voy —dice de repente Maximiano, una vez los soldados han dado la vuelta para regresar a sus posiciones.

—No es necesario que vayas, estimado compañero. El prefecto se las arreglará por sí mismo. Se enfrentan a un grupo de ladrones, no a un ejército.

—Conviene que alguien de mayor rango supervise la acción. Diocles se detiene un momento a contemplar a Maxi-

miano. Lo que ve en sus ojos no es precisamente un deseo de supervisión, o un anhelo de eficiencia. Tampoco ve en ellos un claro indicio de ambición o codicia, sino el reflejo de algo más difícil de definir, cierta inquietud, cierto deseo de entrar en acción. Demasiadas jornadas bajo el sol a la espera de una batalla que no llegó a producirse, demasiadas energías desperdiciadas en las tórridas llanuras. Por lo demás, no es mala idea que alguien como Maximiano, en calidad de tribuno, acuda al lugar de los hechos y le informe luego en primera persona.

—Como quieras. Escoge algunas unidades de la primera y únete al prefecto de la tercera.

—Entendido —responde el tribuno, admirado de la celeridad con la que su jefe toma las decisiones oportunas e imparte órdenes.

El caballo de Maximiano da un ágil giro, apremiado por su jinete, y se dispone a galopar siguiendo el rastro de los soldados.

—Escucha, Maximiano.

—¿Qué?

—Actúa con prudencia.

—Descuida.

La última palabra de Maximiano parece esfumarse entre los galopes de los caballos, que corren ya hacia el campamento. Han sido meses de inacción, piensa Diocles, de expectativas incumplidas para ese tipo de soldados que, como Maximiano, piensan constantemente en el combate. Poco les importan los matices suntuosos, la apariencia de paz de las ciudades desiertas o la belleza de su esplendor recién arrebatado. Tiempo habrá para hablar con Maximiano, para oír sus informes y conocer al detalle sus escaramuzas con los ladrones. Ahora, mientras la comitiva cruza por fin la puerta

que para algunos fue sagrada, la mente de Diocles está en otras cosas. Aparece, a lo lejos, la figura del Palacio Blanco, inconfundible para él a pesar de ser la primera vez que la contempla. Para llegar al palacio han de recorrer aún una amplia avenida bordeada de jardines y altas columnas. En sus capiteles, los bustos de dos toros se dan eternamente la espalda. Parecen vigilar el lugar con sus ojos bien abiertos y sus grandes y curvos cuernos. Los generales romanos, entre ellos Diocles, llevan meses anticipando este momento; pensaban que franquear la gran puerta les iba a suponer un enorme esfuerzo bélico, dada la magnitud del ejército enemigo. Sin embargo, la repentina huida de Bahram, que prefirió abandonar sus posiciones en Mesopotamia y replegarse en Persia, donde tenía que afrontar las disputas internas que amenazaban con desestabilizar su imperio, les dejó el camino expedito.

Diocles, los ojos bien abiertos, intenta identificar los elementos que forman este inesperado regalo de los dioses. Ahí están los palacetes de los nobles, entre jardines y pórticos, y los establos donde se guardaba con celo la yeguada real. Un poco más lejos, adosado a la muralla, el austero fortín en el que vivían recluidas las concubinas del rey, con sus ventanucos que no son sino pequeñas ranuras excavadas en la piedra.

En este privilegiado entorno discurre el paseo de los vencedores.